



“El proceso histórico de California”

p. 101-112

Lecciones de California

Alfonso Teja Zabre

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Historia

1962

170 p.

(Publicaciones del Instituto de Historia, Primera Serie 63)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 18 de noviembre de 2022

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/071/lecciones_california.html

D. R. © 2022, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



EL PROCESO HISTÓRICO DE CALIFORNIA

La historia de California es casi tan variada como su topografía, su clima y otros caracteres físicos. En su desarrollo participaron hombres de diversas razas y clases. Como los artífices medioevales tejían hilos de variados colores en una rica pieza de tela o de tapicería, los famosos y los ignorados constructores de California tejieron sus vidas y sus ambiciones, sus hazañas y sus fracasos, sus brillantes aventuras y sus heroicos sacrificios en la historia del estado. Así empieza el libro de Robert Glass Cleland titulado *California Pageant*. Vamos a traducir y glosar la parte de sus lecciones que se refieren a nuestro tema.

La expansión del dominio español hacia el noroeste, Sonora, Arizona y la Baja California se debió en gran parte a la tarea inicial de los padres jesuitas Eusebio Francisco Kino y Juan María Salvatierra. Kino era un hombre extraordinario; el historiador Herbert E. Bolton lo describe como el más pintoresco misionero en los primeros trabajos de colonización en Norteamérica, explorador, astrónomo, cartógrafo, constructor de misiones, rancharo, magnate ganadero y defensor de la frontera.

Las exploraciones de Kino dieron a los españoles una noción verdadera de la geografía del Noroeste de la Nueva España, especialmente interesantes por el descubrimiento de una ruta terrestre para abastecer las misiones proyectadas para la Baja y la Alta California desde los establecimientos de Sonora.

La obra de Kino como misionero y explorador fue secundada eficazmente por el padre Salvatierra, pero ni aún así lograron estos precursores encontrar un camino a través de los grandes desiertos, las altas montañas y las tribus de indios salvajes que cerraban la ruta hacia la costa de la Alta California.

En condiciones normales, estos obstáculos habrían retrasado la colonización de California por lo menos otros doscientos años, pero la llegada de los rusos a Alaska y la amenaza del avance anglosajón hacia el Pacífico,



excitaron al gobierno español a tomar medidas preventivas. Y en este sentido coadyuvó la necesidad, resentida desde un siglo antes, de disponer de un puerto de paso en California para los galeones de Manila, además de la presión de los franciscanos para encargarse de la conversión de los indios.

El rey Carlos III designó a José de Gálvez como su representante especial y visitador general de la Nueva España, y en 1768 se reunió en México una junta que decidió el envío de los barcos San Carlos y San Antonio, los más grandes y bien acondicionados disponibles en la costa occidental de México, para llevar soldados y provisiones al puerto de Monterrey, y al mismo tiempo preparar una expedición por tierra que debería usar como base la cadena de misiones en la Baja California.

El mando del “San Carlos” fue confiado a Vicente Villa, piloto famoso; el ingeniero Miguel Contanzó fue agregado para trazar los mapas de las regiones que deberían ser exploradas y fundar el presidio de Monterrey a las órdenes del capitán Pedro Fages se embarcó una compañía de 25 “soldados de cuero”.

Gálvez mostró su manuficencia ordenando que las provisiones de los barcos incluyeran pescado y carne seca, queso, pan, harina, arroz, guisantes, frijoles, maíz, higos, dátiles, uvas pasas, miel, chocolate, vino, azúcar morena (panocha), aguardiente, jamones, seis cabezas de ganado y una banda de gallinas. Además, grandes cantidades de equipo y de implementos para las misiones en proyecto. El visitador general, según testimonio contemporáneo, “deseaba que las misiones se adornaran como si fueran catedrales.”

La pequeña fundación de Velicatá sirvió de punto de partida para los expedicionarios por tierra. El jefe militar de la expedición era don Gaspar de Portolá, soldado nacido y formado en la frontera, con todas las cualidades de un buen capitán: valor, lealtad, tenacidad, astucia y una dosis de buen humor español. El director y alma de la empresa era fray Junípero Serra.

El nombre de “soldados de cuero” proviene de la chaqueta sin mangas, que tenía el grueso de seis o siete pieles de gamuza superpuestas y que servía de protección contra las flechas y otras armas de los indios. Cada hombre llevaba además un escudo cubierto con dos pieles de toro superpuestas, una lanza, una espada ancha o machete y un mosquete corto. Los soldados eran veteranos curtidos en la frontera mexicana, que consideraban el peligro como parte de la vida diaria. Cabalgaban como centauros y de ellos se ha dicho que eran los mejores jinetes del mundo.



Aunque Portolá y Serra lograron establecer una base en California, las misiones en San Diego y Monterrey estaban peligrosamente situadas como cabezas de puente aislados en un país enemigo. Separadas una de otra por cientos de miles de millas de regiones desiertas, sin comunicación marítima con México y sin más recursos que los escasos refuerzos y aprovisionamientos procedentes de la Baja California, las nuevas fundaciones tenían pocas probabilidades de vida. Solamente podían sostenerse si se lograba abrir el camino por tierra desde Sonora, como lo había propuesto medio siglo antes del Padre Kino. Esta empresa esencial fue realizada por el virrey Bucareli, Juan Bautista Anza y el padre Francisco Garcés.

Las exploraciones preliminares de Garcés prepararon la ruta de Anza, quien además del mismo padre Garcés y del padre Juan Díaz llevó consigo una compañía de veinte soldados y arrieros. Uno de los más interesantes miembros de la expedición fue un indio llamado Tarabal, que se había escapado de la misión de San Gabriel y cruzado el desierto hasta la región del Río Colorado. Como el padre Garcés, a quien frecuentemente acompañaba en sus expediciones, Tarabal tenía el instinto de la aventura. Por sus pies incansables y su amor a la soledad se le llamaba El Peregrino.

Al regresar de su expedición Anza encontró al virrey Bucareli más interesado en California, por el peligro de la penetración rusa o británica, y se resolvió a enviar refuerzos a los establecimientos existentes en la lejana provincia. Anza fue naturalmente designado como jefe de la nueva empresa, con facultades para reclutar soldados y colonos, ofreciendo condiciones atractivas a los voluntarios: mulas para el transporte, vestidos y raciones de alimentos por cinco años. Los reclutas debían recibir su paga desde el día que se alistaran, pero la experiencia demostró pronto que los futuros colonos despilfarraban inmediatamente lo que recibían, principalmente en el juego.

Desgraciadamente el camino entre Sonora y California fue abandonado después de la rebelión de los indios Yumas en 1781, con la destrucción de las misiones fronterizas y la matanza de muchos españoles. La interrupción permanente de la línea de comunicación terrestre con México tuvo una gran influencia en el desarrollo colonial de California.

La llegada de los colonos que condujo Anza terminó el período crítico de la población de California. Presidios, misiones y pueblos se comenzaron a fundar gradualmente en la nueva colonia como antes se había hecho en las fronteras de la Nueva España, como Florida, Nuevo México y Texas.

Hugo Reid, escocés de buena educación, que llegó a California en 1832 y se casó después con una india, también educada, publicó una larga e interesante clasificación de los oficios representados en la misión de San Gabriel. La lista incluía vaqueros, jaboneros, curtidores, zapateros, carpinteros, herreros, cocineros, sirvientes en general y pajes, pescadores, agricultores, hortelanos, fabricantes de ladrillos y tejas, cantantes, músicos, fundidores de sebo, viñadores, carreteros, pastores, cuidadores de gallinas y palomas, tejedores, talabarteros, almacenistas y llaveros, albañiles, alfareños, cazadores de gamos, sastres y otros artesanos y obreros.

Las misiones de California ocupaban millones de acres de tierras de cultivo y de pastoreo, poseían inmensos rebaños de ganados y de caballos, y ejercían autoridad absoluta sobre millares de indios.

El “pueblo” era solamente una población fronteriza establecida por el gobierno. Los primeros pueblos de California fueron San José y Los Ángeles. Otra fundación llamada Branciforte solamente duró algunos años.

La base económica del pueblo era una concesión o merced de la Corona, que generalmente incluía cuatro leguas cuadradas. La población se edificaba alrededor de un rectángulo abierto llamado “plaza” en la cual se encontraban los principales edificios públicos, la iglesia y algunas casas. Cada colono o poblador recibía un lote de tierra suficiente para casa, jardín y huerto, y tenía además el derecho de usar para su ganado y sus caballos de las tierras comunales (“ejidos”). El gobierno daba o prestaba a los colonos apero, vestido y cabezas de ganado.

Según todos los relatos, los primeros colonos de California eran un conjunto heterogéneo y mal disciplinado. Ninguno de los cuarenta y cuatro pobladores de Los Ángeles sabían leer ni escribir y un gobernador dijo que habría sido mejor para gloria de Dios y servicio del rey que los fundadores de Branciforte hubieran sido a dos millones de leguas lejos de California y mantenidos a esa distancia cuando menos por doscientos años.

Solamente se concedieron veinte concesiones de tierras a particulares durante el período español y algunos más en los primeros diez años de gobierno mexicano. Pero después de la secularización millones de acres de tierras públicas fueron dadas a propietarios particulares. El límite máximo de las concesiones era de once leguas cuadradas, pero la tierra era tan abundante que el gobierno no admitía solicitudes menores de una legua cuadrada.

Los métodos para marcar reses, el rodeo, el lazo, la silla vaquera y la mayor parte de los nombres y costumbres usados en el occidente de los



Estados Unidos son de origen hispanomexicano. Y algunos se han conservado casi sin cambio desde que los conquistadores los introdujeron en México hace cuatro siglos.

Como casi no había dinero en California, los comerciantes yanquis llevan toda clases de artículos para el trueque a cambio de cueros y sebo. Un cargamento típico de un barco de la Nueva Inglaterra incluía principalmente sedas, ferretería, armas de fuego, pólvora, cartuchos, muebles, zapatos, chales, cigarros, licores y hasta de vez en cuando un piano o una mesa de billar... desde cohetes chinos hasta ruedas de carretas. A todo lo largo de la costa, un cuero de buey era como un billete de banco en California.

En la época de los ranchos, los dueños de tierras vivían en California lo que mucha gente llamaría una vida ideal. Tenían pocas necesidades, se preocupaban poco por el dinero, disfrutaban de muchas fiestas, gozaban de la compañía de parientes y amigos, paseaban la mayor parte del tiempo al aire libre, especialmente a caballo, y de un año a otro la principal ocupación era gozar de la vida. “Ese era el buen tiempo, dijo un viejo californiano. Ahora todo ha cambiado el progreso, pero en la sencilla vida ranchera había una felicidad que una raza extraña, con diferente temperamento, no puede comprender.”

Pocos años después del principio del comercio de cueros y sebo, los cazadores de pieles norteamericanos (trappers) abrieron las rutas terrestres hacia California. Estos exploradores, aventureros y traficantes fueron los hombres más atrevidos de la frontera, y prepararon el camino de otros “pioneers”.

En vano el gobernador Echeandía se opuso a la entrada de los cazadores de pieles... porque creía, y con mucha razón que si se les permitía entrar libremente a California llegarían después colonizadores del Este, y pronto los Estados Unidos del Norte ocuparían el país.

Las expediciones de Jedediah Smith marcaron el principio de la era de los “trappers” o “mountain men” en la historia de California. De 1826 a 1840 muchos de ellos atravesaron la frontera de Missouri y las colonias españolas de Nuevo México, y algunos de ellos lograron establecerse en California, emparentaron por casamiento con familias de la provincia y llegaron a ser grandes propietarios y ciudadanos de influencia.

Mientras los norteamericanos llegaban cada vez en mayor número, las condiciones políticas de California iban de mal en peor. Algunas veces se registraron dos o tres revoluciones en un año, aunque no tenían importancia militar, debilitaban al gobierno y provocaban la anarquía. La ma-



yor parte de las revoluciones eran causadas por disputas relacionadas con la conquista del gobierno. Algunas representaban la profunda hostilidad de los californianos contra los gobernadores enviados de México. Otros nacían por las rivalidades de los políticos de Monterrey y de Los Ángeles.

En 1840 las defensas militares de California eran prácticamente inútiles. Los cuatro presidios a lo largo de la costa no tenían más que un puñado de soldados harapientos; los cañones habían sido desmantelados o estaban completamente oxidados y las municiones eran tan escasas que cuando un barco extranjero saludaba a la bandera mexicana, el comandante del presidio tenía algunas veces que pedir pólvora al capitán del navío para corresponder a los disparos de cortesía. El único barco mexicano en la costa era un desecho inservible y desarmado que no podía navegar contra el viento.

Se decía que debido a la distancia y las barreras infranqueables, California tenía más estrechas relaciones con China que con México, y la pobreza, la debilidad y la inestabilidad de la república mexicana la imposibilitaban para prestar alguna ayuda a California.

* * *



OTRA OBRA DEL MISMO AUTOR

(Glass Cleland, Robert. *From Wilderness to Empire. A History of California, 1542-1900*) nos ofrece mayores informaciones, que extractamos en seguida.

AUNQUE Gálvez vino a México principalmente para reorganizar las finanzas públicas y mejorar los ingresos fiscales de la Corona, sus actividades alcanzaron a casi todas las dependencias del gobierno. Pero ninguna de sus empresas lo interesó tanto como la expansión hacia el Norte, y especialmente el desarrollo de los recursos latentes de Sonora y California. Como un paso en esta dirección el visitador se propuso establecer el sistema de intendencias, una de las cuales debería comprender las provincias fronterizas de Durango, Sonora y las Californias. Gálvez llegó a recomendar la separación de la Nueva Vizcaya, Sinaloa, Sonora y las Californias, para formar un cuerpo político separado, con el nombre de Comandancia General.

Lo mismo que le expedición marítima, la expedición terrestre fue una carga pesada para los limitados recursos de los establecimientos de la península que proporcionáronles abastecimientos y equipos. Una por una las empobrecidas misiones contribuyeron con su cuota en especie, desde los caballos y las mulas con sus aparejos hasta las vestiduras y los vasos sagrados de las iglesias.

Lo colonos atraídos por las promesas de Anza para emprender la aventura de California estaban muy lejos del tradicional tipo del hidalgo español. Muchos de ellos provenían de lo más bajo de ciudades y pueblos y casi ninguno sabía leer ni escribir. Su pobreza era tal que no se les podía anticipar dinero porque inmediatamente lo despilfarraban en el juego. Sin embargo, una vez iniciada la aventura, demostraban fortaleza, paciencia, bondad, valor y buen humor.

Al completarse la tarea de los primeros exploradores y colonizadores, la vida en California asumió una sencillez pastoral, cuya tranquila rutina

sólo se alteraba en ocasiones por la construcción o inauguración de una misión, por la amenaza de una rebelión de los indios, por la llegada de un nuevo gobernador o la rara aparición de algunos viajeros comisionados por gobiernos extraños.

El conde Juan Francisco de la Perouse fue uno de los primeros exploradores europeos distinguidos que llegaron a California, en un viaje alrededor del mundo patrocinado por el gobierno francés.

La Perouse llegó a Monterrey en septiembre de 1785 y fue cordialmente recibido por el gobernador Pedro Fages y los franciscanos encabezados por el padre Lasuén. Aunque criticó duramente algunos aspectos de la vida en las misiones, el explorador francés expresó su sincera admiración por los misioneros mismos y especialmente por el padre Lasuén.

El viaje de La Perouse sirvió para confirmar el peligro de la penetración rusa hacia California, en esta ocasión coincidente con las actividades de barcos ingleses. Se provocó una crisis diplomática entre España e Inglaterra. España quiso buscar apoyo en Francia, acudiendo al llamado Pacto de Familia, pero la dinastía borbónica estaba demasiado preocupada por la crisis revolucionaria de 1793, y España se encontró sin esperanzas de auxilio francés. En estas condiciones, tuvo que cambiar su política mantenida por siglos en contra del comercio extranjero en sus colonias, y se concertó la llamada Convención de Nootka, ratificada en 1791. Todavía durante tres años más los españoles hicieron algunos intentos de exploración hacia el norte, pero al fin se resignaron a una posición defensiva, equivalente a una confesión de debilidad y un signo de la inminente decadencia del Imperio Español.

En la primavera de 1792 una escuadrilla a las órdenes del capitán George Vancouver fue enviada al noroeste de California para proteger los intereses británicos de acuerdo con el pacto de Nootka. Vancouver pudo visitar los presidios de San Francisco y Monterrey, regresó a Inglaterra y más tarde hizo otros dos viajes a California. Con su espíritu observador y práctico, el viajero advirtió que la Nueva Albión (como él llamaba a California) se encontraba completamente indefensa, por las condiciones primitivas de vida y el descuido de los recursos económicos de la provincia. Escribió lo siguiente: “Si la ambición de una nación civilizada la provoca a apoderarse de estas colonias privadas de apoyo, no podrían hacer la menor resistencia, y caerían inevitablemente, pues no tienen más fuerza que la exclusivamente necesaria para guarnición y seguridad internas del país... Los españoles solamente han abierto el camino a los hombres ambiciosos y emprendedores de naciones marítimas que, por la



avidez de las ganancias comerciales, quieran buscar los beneficios que ofrece el fértil suelo de la Nueva Albión. Al formar sus establecimientos tan separados unos de otros y sin protección, parece que el propósito original fuera mantener la colonia en aislamiento, y en lugar de fortalecer la barrera de sus valiosas posesiones de Nueva España han provocado irresistibles tentaciones para que los extranjeros atraviesen la frontera. “. . . Si el comercio del noroeste de América se extiende más. . . los españoles no tienen más alternativa que someterse. . . ”

El comandante Fages en 1784 concedió a tres soldados que habían servido en la expedición de Portolá algunos lotes de tierra cerca del río de Los Ángeles, para fines de pastoreo. Desde nueve años antes él mismo había recomendado la colonización que permitiera establecerse a familias españolas, sin perjuicio de la misión.

Las concesiones hechas por Fages fueron aprobadas muchos meses después por el gobierno de México, con la condición de no invadir las cuatro leguas cuadradas correspondientes a cada pueblo para “agua, pasturas, leña y madera”, ni las propiedades de una misión o tierra acupada por aldea o ranchería de indios. De este modo se inició el sistema de propiedad privada de la tierra en forma de ranchos, que después llegó a ser la más distintiva y durable de las instituciones económicas hispanomexicanas en California.

A pesar de las extensas exploraciones hacia el interior y las frecuentes expediciones punitivas en contra de los indios, el dominio español y la civilización no llegaron a pasar más allá de la zona costera. Hasta la llegada de los norteamericanos, la estrecha banda de establecimientos españoles a lo largo de la costa estuvo bloqueada por los desiertos y las montañas, a donde no alcanzaron ni misión, ni pueblo, ni presidio. Además, salvo el camino abierto por Anza virtualmente abandonado después de la matanza hecha por los yumas en 1781, no había ni senderos ni líneas de comunicación hacia el Sur.

En el desarrollo del comercio norteamericano, el período comprendido entre la evolución y el principio de la navegación a vapor en el Pacífico, puede compararse en cierto grado con la era española, de los descubrimientos y el reinado de Isabel de Inglaterra. Persiguiendo fortuna y aventuras, los barcos balleneros y mercantes penetraron hasta los más lejanos puntos del Océano Pacífico y descubrieron nuevos campos de actividad comercial.

En el curso del tiempo tales viajes llevaron los barcos de la Nueva Inglaterra a las costas de California. Ahí, durante muchos años los comer-



ciantes aventureros yanquis concentraron el comercio de la nutria que los ligaba con Macao y Cantón, y que en forma imprevista representó el primer paso para la adquisición de California. Persiguiendo las mismas valiosas pieles cruzaron los rusos desde Siberia hasta las Islas Aleutianas y después hasta la tierra firme en Alaska. Las ganancias extraordinarias que producía el negocio de pieles de nutria en el mercado de Cantón, despertaron el interés de Inglaterra, provocando al fin la histórica Convención de Nootka. Y lo mismo puede decirse respecto a los Estados Unidos.

Los españoles ya habían desarrollado el comercio de la nutria antes de que terminara el siglo XVIII. Entre 1786 y 1790 el galeón de Manila llevó a China cerca de tres mil pieles, valuadas en tres millones de dólares. En el viaje de regreso el galeón llevaba mercurio para la esencial industria minera de la Nueva España.

Desde 1825 hasta 1847 las conspiraciones, pronunciamientos y pequeñas guerras civiles, casi todas sin ninguna significación histórica, estuvieron a la orden del día. Tales desórdenes se debían en gran parte al carácter de los gobernadores enviados desde México, que en lo general fueron arrogantes, sin tacto, codiciosos e incompetentes. Los Californianos resentían naturalmente tales nombramientos, y como temían muy poco las represalias del gobierno federal, se levantaban en contra de cada nuevo gobernador y los despachaban pronto a México. Después de la administración de Echeandía el sistema se hizo tan efectivo, que California tuvo nueve gobernadores en quince años.

Y la inquietud política no se limitaba a las rebeliones contra los gobernadores nombrados por México. Por motivos regionales de apariencia religiosa o partidarista, había rebeliones de Norte contra Sur, de Monterey contra Los Ángeles, de Alvarado contra Carrillo.

La misma riqueza y la prosperidad de las misiones debían ser con el tiempo las causas de su ruina. Desde 1826 Echeandía formuló un plan para convertir las comunidades de indios en pueblos, sustituir a los misioneros por clérigos seculares y quitar a las misiones sus propiedades. Este movimiento culminó en la histórica Ley de secularización de 1833, aprobada por el Congreso mexicano en agosto.

De este modo, el rancho llegó a ser la principal institución económica y social de California. De 1834 a 1846 los gobernadores mexicanos confirmaron cuando menos setecientas concesiones de tierras a particulares. Por sus efectos sobre casi todos los aspectos del subsecuente desarrollo de California, agricultura, inmigración, titulación de la propiedad, progreso social, ubicación y crecimiento de las ciudades, el sistema de ranchos de



mostró ser el más importante legado de interés público que California recibió de México y de España.

Hasta la época de la “fiebre de oro” la vida económica de California dependió casi exclusivamente de la ganadería. Los centenares de cabezas de ganado que los primeros colonos llevaron de México, se transformaron en millares antes de que terminara el siglo XVIII. Veinticinco años después cada misión tenía cientos de millas de terrenos de pastoreo. Y después de la secularización la provincia se convirtió en una serie de ranchos con miles de reses y bestias de carga.

La vida en los grandes ranchos seguía en lo principal las antiguas costumbres, leyes y prácticas importadas a México por los conquistadores españoles, adaptada a la tierra de la Nueva España y transportada después a California.

La ganadería proporcionaba alimento y servía para el comercio y algunas industrias. La carne de las reses se aprovechaba con abundancia y se secaba para exportación o reserva. El sebo servía para cocinar y para fabricar jabón y velas. El cuero se utilizaba en formas variadas: vestidos para soldados y vaqueros, reatas, riendas, bridas, asientos de sillas, camas, los látigos y tapetes.

La ganadería de California proporcionó una gran parte de la materia prima de la creciente industria de la Nueva Inglaterra, y a la vez fue un poderoso factor para despertar el interés de los Estados Unidos que condujo a la final anexión de la provincia.

Antes de la anexión los habitantes de California se dividían más o menos claramente en tres grupos. Los más numerosos eran los “cholos” (indios, mestizos) desesperadamente pobres y en conjunto inclinados a los vicios y el desorden. Un buen número de extranjeros, principalmente angloamericanos formaba el segundo grupo. Muchos de estos inmigrantes se ligaban por matrimonio con la “gente de razón” (españoles o criollos) y llegaban a ser grandes propietarios o comerciantes. Después de la secularización los rancheros constituían la tercera y más importante parte de la sociedad provincial.

El cuadro de California en la llamada Edad de Oro, tal como lo trazaron los escritores románticos será seguramente muy difícil de modificar por los historiadores de tendencia realista. Pero la verdad es que los rancheros de aquella época vivían en un ambiente de contrastes. Pero hasta entre la clase rica faltaban los más elementales recursos de cultura y amabilidad. No había más escuelas que las misionales, dedicadas principalmente a la educación religiosa.



Después de 1834, cuando comenzaron a llegar más colonos, algunos de las mejores clases de México, se realizaron cambios materiales. Se adoptó un modo de vida más elevado, y algunos de los residentes más ricos construyeron amplias y hermosas casas al estilo español, con patios, jardines y fuentes.

Gracias a una vida vigorosa al aire libre, sencilla alimentación, sin exceso de trabajo ni las asperezas de la existencia moderna, los californianos de origen español de entonces no conocieron muchos de los defectos de la civilización actual. Si faltaban en su cultura algunos de los atractivos de una sociedad más complicada, tenían las grandes virtudes de la sencillez, la sinceridad y la felicidad sin afectación. La vida familiar era de tradición patriarcal, la hospitalidad espontánea y en conjunto una manera de vivir reposada y graciosa.